

JEOSM

NO
SON
UNO
DE
LOS
MUCHOS
"TIROS"



"Somos amigos hace muchos años, pero sigue asombrándame el modo duro, lúcido, inapetible, con que Jeosm desnuda a sus personajes".

Arturo Pérez-Reverte

"Jeosm ha tratado mucha conchita, y la que no conoce la adivina. Tiene una intuición profunda, y una enorme generosidad con el retratado. Yo guardo sus imágenes como una crónica de qué soy en cada momento. La diferencia con otros buenos fotógrafos es que él devuelve la mirada."

Éspido Freire

"Cuando veo una fotografía de Jeosm me viene a la boca una sola palabra: sublime".

Luis Alberto de Cuenca

"Éramos los chavales que más libros leían de entre los chicos de barrio, y los chavales más de barrio de entre la gente que leía libros".

Ana Iris Simón

"Jeosm desarrolla su trabajo rápido y con la facilidad que esconde tantas veces el talento verdadero; donde pone al ojo, pone la bala. Mi respeto."

Rodrigo Cortés

"En tiempos de retoques fotográficos y trampas digitales, Jeosm mira a través del único filtro que importa: el de la verdad. Quizá por eso, los protagonistas de sus retratos no pueden evitar mostrarse ante él como realmente son. Este libro es la crónica visual de una historia de sinceridad a los dos lados de la cámara".

Marta Fernández

Antonio Lucas Leandro Pérez Miguel Santamarina
Almudena Grandes Luis García Montero Karina
Sainz Manuel Vilas Luna Miguel Álvaro
Colomer Javier Ors Javier Cercas Enrique
Vila-Matas Marta Fernández Juan Tallón
Manuel Jabois Jesús García Calero Jesús
Fernández Úbeda Manuel Marlasca Rafael
Narbona Bruno Pardo Porto Juan Manuel
de Prada Edurne Portela Laura Riñón
Sirera Jesús Nieto Jurado Marta Sanz
Fernando Aramburu Ricardo F Colmenero
Chapu Apaolaza Xavier Aldekoa Agustín
Rivera Nuria Labari Rosa Montero Rubén
Amón Guillermo Altares Diego S Garrocho
Fernando Savater Miguel Munárriz Miguel
Barrero Elizabeth Duval Alfonso Ussía
Luisgé Martín A. J. Ussía Jorge
Freire Espido Freire Nuria Barrios
Raquel Jiménez Jiménez Juan Cruz Ruíz
Eva Serrano Jesús Terres Juan José
Millás Juan Luis Arsuaga Andrés Calamaro
Jacinto Antón María José Solano Susana
Fortes Carolina Isasi Vicondoa Luis
Alberto de Cuenca Paloma Bravo Marta
García Aller Doménico Chiappe Alfonso
Armada Antonio Escohotado Aixa de la
Cruz Reynaldo Sietecase Raúl del Pozo
Paco Gómez Escribano Mariano Sigman

Jacobo Bergareche Marta Robles Carlos Zanón
Carlos Fernández-Villaverde Rebeca Argudo
Daniel Bernabé Darío Adanti Pedro García
Cuartango María Jesús García Andrés Aberasturi
Loreto Sánchez Seoane Pedro Simón Jero
García Jorge Fernández Díaz Lara Moreno
Juan Domingo Aguilar Sergio del Molino
Edu Galán Antonio Pampliega Patricio Pron
José F Pélaez Guillermo Garabito Ana Iris
Simón Juanma Lamet Arturo Pérez-Reverte
Martín Caparrós Arturo González-Campos
Raquel Martos Juan Soto Ivars Alberto
Olmos David Gistau Dolores Payás Manuel
Bear Lorenzo Silva Jorge Bustos Andrés
Trapiello Ray Loriga Enrique Turpin
Leila Guerriero Iñaki Gil Carlos H Vázquez
Felipe Cabrerizo Loquillo Elena Ramírez
Elvira Lindo Nacho Carretero Mar Abad
Carlos Marzal Mamen Mendizábal Beatriz
Osa Sabino Méndez Agustín Pery Sonia Fides
Carmen Posadas Javier Marías Carlos Mayoral
David Jiménez Torres Mario Vargas Llosa
Ricardo Labra Rodrigo Cortés Ignacio
Peyró José Luis Garci Inés Martín Rodrigo
Iñaki Domínguez Benjamín Prado Andrea
Marcolongo Juan Gómez-Jurado Daniel
Gascón Antonio Muñoz Molina José
Carlos Llop Manuel Vicent Ana Merino

Déjate Atravesar

Jeosm es un tipo hecho en las estribaciones del barrio de Villaverde Bajo, en el extremo sur de la ciudad de Madrid. En el pecho lleva, relampagueando, un colgante de plata con tres exvotos del mismo metal que da cuenta de los tres ejes de su vida: una boquilla de aerosol, una cámara y un hueso (por sus dos perros). A cualquier hora en que lo pilles estará con una cámara de fotos apoyada en el esternón y una gorra de béisbol muy 'okey' con la visera hacia atrás dando sombra a la nuca. Da igual que sean las nueve de la mañana o las cuatro de la madrugada. La tentación de retratar puede atacarle en el momento que sea. Además, no entiende de relojes.

De niño jugaba al fútbol. De joven comenzó a hacer pintadas. Es un superviviente de la calle. Conoce como nadie las penumbras del graffiti en Madrid. Ha hecho miles de fotos a los pintores en acción. Sus retratos son feroces y aun así no rehúyen la temura, que es otra forma de la verdad. Acumula una autenticidad brava y se acerca a la fotografía con el dictamen inteligente de retratar lo que ve sin adulterar lo que mira. Antes fue mecánico de maquinaria industrial, mozo de carga de almacén de carne en Mercamadrid, educador de menores con problemas tremendos, dependiente en una tienda de Hip Hop y encargado en otra de graffiti... Ha aprendido de todas las fuentes que dan agua, por eso nunca sermonea. Su vida es lo que ves, y enseña por igual cicatrices y sonrisas.

Al poco de conocerlo quise quedarme hablando más con él. Le falta la primera falange de un índice, en eso también me fijé. La atención saltó después a los tatuajes. Y al rato, el interés ya estaba en el manejo de las palabras al hablar de lo suyo sin pedantería, sin condimento de más, sin pudor, sin daño. Arturo Pérez-Reverte lo conoció no sé cómo, un día lo presentó en una cena, Jeosm pidió un solomillo grueso, escuchó, dijo lo que quiso, no tocó la cámara que llevaba en la mochila y los que allí estábamos salimos hablando de él como se habla de los amigos.

Muy pronto compartimos varias entrevistas de encargo. Alguna tiene rastro en estas páginas. Fuimos a casa de Javier Marías para reportajear un diálogo de éste con Pérez-Reverte. Iba a ser el estreno de 'Zenda', el 1 de abril de 2016. Y lo fue. Y las fotos de Jeosm dieron más sentido al encuentro, más lectura, más precisión. Y las fotos de Jeosm demostraban una complicidad encantadora entre los protagonistas. Y las fotos de Jeosm alcanzan en algún momento de aquella tarde una calidez de asombro. Ese día tiene un ramalazo ya de historia, pero casi sin hacerlo notar. Todos sabemos por qué.

Quando trabaja anda de un lado a otro hasta que asienta los pies en el suelo, enclavijado al mundo, y entonces mueve sólo el tronco hacia delante o hacia atrás, según necesite la escena. Arquea la espalda, da instrucciones suaves, no pierde los minutos. Si decide disparar es porque tiene la foto. Y sólo después de esta certeza improvisa.

Como sucede con quienes se toman en serio sus pasiones, la obra de Jeosm es una larga

autobiografía fijándose en los otros para decirse a sí mismo. No retrata de esa manera por cálculo estético, sino por vocación y por destino, casi invisible y dueño de tantísima calidad.

El tiempo lo ha macerado bien. Por fuera gasta la misma carcasa de muchacho de extrarradio cuidadoso de no perder el temperamento de barrio. Por dentro, su mirada está siempre donde está su mente: ansiosa por entrar más adentro de aquel o aquella que sitúa frente al objetivo de la cámara. Incisivo y alerta, no es de los que hablan mucho al modelo, sencillamente desmitifica con autenticidad espontánea la impostura que también se acumula en su oficio. El resultado de sus sesiones está lejos de la ambigüedad y cerca de la alegría de compartir sonrisas, silencios, miradas. Porque para Jeosm la gente es un mapa, cada cual a distinta escala, y él actúa delante como una brújula confiable, como un fuego que se pone a pensar.

En este libro despliega un trabajo de madurez, una prosa fotográfica recia, brava, donde además afina con la reunión de gente y alcanza un ardor vibrante, una narración por adivinación más que por evidencia. Ama lo que ve y se le nota. Pero le tira aún más del ojo lo que no ve. En sus fotografías asoma honestidad. El repertorio de blanco, negro y grises de Jeosm es algo más que sobriedad. No le importa si a veces 'suena' convencionalmente elegante. En alguna ocasión lo he escuchado hablar del oficio y sus desengaños en la terraza del Bar Santos -donde siempre- y mientras hilvana ideas, fatigas, aspiraciones y metas --fíjate-- traza líneas rectas con los ojos para no perderse ni un haz de luz, ni el rastro de una sombra. Dispone a conciencia el momento de cada fotografía.

Maneja una fauna vasta con un vago ademán 'hamelinesco'. Pero lo que más junta en su zoo de papel son grafiteros, grafiteras, 'break dancers', tatuadores, banda de la literatura y periodistas. Demasiada gente de códigos distintos (opuestos, a veces) en la que él se va gastando sin importarle. Es un tipo duro, leal, y y bajo el efecto de esas dos ventajas (dureza y lealtad) maneja la cámara. Mueve seguro con el medio dedo la ruleta de la cámara, y con el dedo corazón dispara. Repite unas cuantas veces, nunca hasta delatar inseguridad. El resultado es un golpe seco que intriga o amodona. Sin difuminados, sin esmerillados, sin evanescencias. No añade florituras ni desmiente imperfecciones. Somos tal y como ves en sus retratos. A menudo ásperos, desabridos, genuinos. Salir edulcorado en una de Jeosm no es lo que se espera de él. Prefiere no disimular y acepta el riesgo. Todo el mundo no puede ser delicado y enérgico por igual. Él busca extraer de cada cual ese rasgo invisible, el instante imprevisto, lo disimulado, lo inédito, lo distintivo que no consiente que seamos como los demás.

A veces, después de alguna aventura compartida, nos quedamos charlando un rato largo. Jeosm habla como camina: deprisa y soltando señales eléctricas a su paso. Desprende una garantía que da calma y abriga. Le saqueo la pitillera donde lleva los cigarrillos ordenadísimos, liados a mano, para regular el vicio. Nunca se enfada por los asaltos. Cuando nos despedimos él va hacia cualquier parte con su valvén rápido de entrebarrios, los bártulos en la mochila, el cigarro prendido entre el medio índice y el corazón entero. Va observando algo. Siempre así. Ahora soy yo el que lo mira con fijeza. Es un espécimen fabuloso. Si Jeosm te dispara, déjate atravesar.

Antonio Lucas

El buen pacto con la vida

Fue el tipo duro de *Ordessa* (Alfaguara), *América* (Círculo de Tiza) o *El hundimiento* (Visor). Su reino era rocoso, abisal. Él hacía bella la oscuridad. Y aunque ha dado un giro hacia la luminosidad con sus más recientes novelas *Los besos* y *Alegria*, el buen pacto que ha hecho Manuel Vilas con la vida no exime a sus palabras de ser precisas y honestas como un descalabro. Se manifiestan, directas, como una aparición. *Ordessa* fue a la carrera de Manuel Vilas lo que el sol a una planta: creció y se expandió, fue traducida a más de una veintena de idiomas y se erige hoy como una referencia de la literatura contemporánea.

Karina Sainz Borgo



Mi primera foto como madre

Conocí a Jeosm cuando publicó *Ella*, un libro en el que recopilaba fotos y reflexiones de mujeres en el mundo del grafiti. Me gustó mucho su trabajo y lo entrevisté para WCE, pero no nos vimos, hablamos por email y por teléfono. Así que cuando Eva Serrano me dijo que quería hacerme unas fotos para su sección en Zenda, en lo primero que pensé fue en aquellas imágenes de mujeres con pasamontañas.

Ferta, mi primer libro, acababa de salir. Y como aún no lo había visto en ninguna librería — entonces yo vivía en Ávila y allí no lo tenían —, antes de llegar a mi cita con Jeosm me pasé por Machado solo para ver el mío junto a los libros de otros autores. Para confirmarme que existía, y que en la portada ponía mi nombre, que era verdad que había escrito un libro.

De paso, compré *Sar*, el libro de los milagros, de Manuel Asturias, que era el que quería llevar a la sesión de fotos, pues Jeosm me había pedido que trajera conmigo una lectura para recomendarle a los lectores de Zenda. Y aunque ya lo tenía, lo había prestado, así que me tocó comprarlo otra vez. Cuando lo pagué, me dieron ganas de decirle a la dependienta de Machado que ese otro libro, el que habían colocado en la estantería, estaba escrito por mí, pero no lo hice. Y me fui al metro para llegar a la sede de Círculo de Tiza, pero me dio la sensación de haber viajado en nube.

Eva nos dejó solos porque era viernes y era mediodía. Admiramos su gusto decorativo, conjeturamos sobre qué simbolizaba la foto que había colgada en su despacho principal, que muestra una sala medio inundada en la que la segunda planta, una biblioteca, está a salvo. Nos entendimos muy bien, creo que porque tanto él como yo veníamos de estar, como tocaba el maestro, entre dos aguas: éramos los chavales que más libros leían de entre los chicos de barrio, y los chavales más de barrio de entre la gente que leía libros.

Cuando nos despedimos, me dieron ganas de decirle que me hacía mucha ilusión que me hiciera fotos porque aquella era la primera vez que me retrataban como madre. Aunque nadie salvo mi pareja lo sabía porque me había enterado unos días atrás, estaba embarazada. De hecho, me pasé la sesión entera pensando en si se me notaría, porque dicen que a las embarazadas les brilla mucho el pelo y el alma. Pero, como ocurrió con la dependienta de Machado, tampoco a Jeosm le dije nada. Y es al silencio alegre y a la ilusión y la inocencia contenidas de aquel día a los que vuelvo cada vez que veo esas fotos.

Ana Iris Simón

Ana Iris Simón | 4-12-2020



T



Huir de los rituales

A la hora de escribir, Espido Freire no tiene manías ni rituales ni comportamientos neuróticos. Y si no tiene ninguna de esas cosas es porque, además de no disponer de tiempo para perderlo con pamplinas, sus tres gatas tampoco se lo permitirían. Ellas reclaman hasta el último segundo de su dueña y, cuando la ven tumbarse en la *chaise-longue* donde le gusta trabajar, se ponen manos a la obra: Ofelia le golpea la mano con la patita para que le acaricie, Rusia camina por encima del teclado como si quisiera participar en la redacción del texto y Lady Macbeth observa la pantalla tal que si fuera un crítico literario. Y ya me dirán ustedes qué otros rituales puede uno querer cuando tiene a tres michinas como estas rondando a su alrededor.

Poca cosa más se puede decir de una escritora que se define a sí misma como una mujer tan práctica que rechaza cualquier tipo de distracción y que, por no necesitar, no necesita ni una habitación propia. Tiene un despacho, por supuesto, pero dice que le basta el portátil para ponerse a trabajar en cualquier sitio. De hecho, ni siquiera precisa libros a su alrededor. Ha liquidado su biblioteca personal en más de una ocasión, quedándose únicamente con los ejemplares que la acompañaron durante la infancia y con las obras completas de Shakespeare y Cervantes, que son sus autores de cabecera. Todos los demás volúmenes, incluyendo los de los grandes clásicos, han salido de su casa con la misma facilidad con la que entraron, y cuando alguien le recrimina que se haya deshecho más de tres veces de *Crimen y castigo*, ella se encoge de hombros y responde que cuando necesite releerlo bajará a la librería de su barrio y lo comprará de nuevo. Porque esa, añade, es su auténtica biblioteca.

Álvaro Colomer

*Aprende a escribir con... Espido Freire.
Publicado en Zenda Libros, 10 de marzo de 2021.*



El Dumas de nuestro tiempo

Una extraña peripecia existencial y literaria distingue a Arturo Pérez-Reverte de cualquier otro escritor: quiso vivir en carne propia las aventuras que había leído y luego, ya munido de esa extrema experiencia real, se sentó a construir una larga y majestuosa obra imaginativa. De la ficción vienes y en ficción te convertirás. Aprendió antes que nada el delicado oficio de marino —hasta se enroló dos veranos en un buque mercante— y recorrió muchas veces el Mediterráneo como un personaje de Conrad o de Stevenson. Para saborear el peligro practicó el paracaidismo y el buceo, y los rudimentos del reporterismo más bronco en la redacción del diario *Pueblo*, y dio la vuelta al mundo como corresponsal de guerra durante veintiún años crueles y trepidantes. Ya de regreso de Troya incendiada, con sangre bajo las uñas y la mirada del lobo o del héroe cansado, se abocó a escribir novelas. Me contó su proyecto en la Recova de Buenos Aires hace casi tres décadas: se proponía romper el axioma según el cual solo los anglosajones podían practicar con arte, eficacia y autoridad las diversas formas literarias de la épica y el misterio. Se trataba de una idea simple pero audaz: los mandarines de la época invisibilizaban desde las universidades y los suplementos culturales a quienes se atrevían a salir de su cartografía, principalmente bajo el camelo de que la "novela popular noble" estaría siempre atada a convenciones y a clisés. Aquel gesto de Arturo era, por lo tanto, a contracorriente y paradójicamente vanguardista. Como buen navegante solitario trazó un mapa, preparó con rigor la travesía y desde entonces no ha hecho más que cumplir con aquella promesa. El resultado: más de treinta novelas celebradas por la crítica internacional, millones de lectores en todo el planeta y la creación de un mundo propio, reconocible y fascinante. Pérez-Reverte es el escritor de aventuras más importante de la lengua y, en persona, un hidalgo que solo tiene una religión —la lealtad— y una espada filosa: su pluma. Quienes hemos sido sus amigos durante estos últimos treinta años tenemos el extraordinario privilegio de compartir vida, vino, lecturas y carcajadas con el Dumas de nuestro tiempo.

Jorge Fernández Díaz



El refugio ante la intemperie

Elvira Lindo, como figura pública, es bien conocida por su expresividad, su extroversión, su sociabilidad. Tanto su energía como su curiosidad son interminables, su capacidad de moverse en cualquier ambiente es solo equiparable a su talento para emprender cualquier proyecto creativo, por diferente que sea. La Elvira Lindo de la radio, de la televisión, la escritora de artículos de opinión, reportajes, novelas y ensayos, la directora de cine, la actriz, la entrevistadora, la cómica, todas ellas están asociadas en mi imaginación con el color, siempre presente en el rojo de sus labios, simbolizado en su pasión por la moda y la belleza. Durante días, he mirado esta fotografía de Jeosm tratando de averiguar qué me cautiva en ella, y he llegado a la conclusión de que este retrato en blanco y negro refleja a la perfección a la persona que hay detrás de los focos.

Si algo caracteriza a Elvira es la atención, el cuidado y el cariño por los suyos, igual que sostiene a Lolita en su regazo, dándoles cobijo. Su mano izquierda contiene, la derecha, acostumbrada a acariciar, se relaja mientras sus dedos índice y pulgar son conscientes de que están siendo observados. Mira a la cámara y sonríe, pero su mirada se pierde detrás de la cámara, como si estuviera sumergida en sus pensamientos aportando al gesto un punto ligeramente triste. En el brillo de esa mirada está la otra Elvira, la soñadora, la vulnerable, la frágil, la intuitiva, la que duda y se contiene, la que es capaz de empatizar con cualquier criatura, la que se abriga con libros y música, dibuja en silencio y escribe, encontrando en su casa el refugio ante la intemperie.

T Elena Ramírez
Directora de Sex Barril.



Elvira Lindo | 26-7-2023

Javier Marías: Los rostros del héroe

Con el interrogante de un rostro que ya no tendrá mañana, la desaparición de Javier Marías a los setenta años de edad a finales de un sofocante verano, me trajo a la memoria las fotos de su rostro hechas por Jacom, que ahora vivirán en este libro con muchos mañanas. Supongo que esa paradoja habría agradado al escritor.

Los lectores de Javier Marías, que somos legión, lo recordaremos en su rostro real capturado aquel día, aunque algunos de nosotros también querríamos imaginarlo en otro retrato más literario: en sus últimas horas de coma en el hospital, despertado de repente como un Don Quijote sereno y magnífico, que al no reconocer las caras que le rodeaban, extrañado, preguntaba por qué no habían venido a visitarlo sus amigos.

—Estamos aquí, Javier. Somos nosotros.

—No, no lo sois ¿Dónde están Baroja, Cervantes, Dumas, Sterne, Conrad, Melville, Stevenson? ¿Dónde se ha metido ese truhan de William, ese grandísimo bardo sinvergüenza? Decidle que, si no acude junto a mi lecho inmediatamente, no volveré a lucir jamás su rostro en mi solapa.

Murió conociendo la derrota del éxito, el amor tal vez, los buenos amigos, la felicidad de los libros y la soledad. Murió también siendo monarca del Tiempo y de Redonda, amante de una mujer con apellido de isla, editor de una colección de libros ya inexistentes y por los que se pagarán en unos años varios miles de dólares por volumen, pero sobre todo murió siendo el eterno postulante al Premio Nobel de Literatura.

Junto a Karina Sáinz Borgo, periodista, gran escritora, lectora voraz de Marías y amiga mía, ideamos, cuando nadie podía adivinar todavía el orden de la muerte, organizar una estrategia de secuestro exprés para llevarlo en coche hasta Estocolmo: yo conduciendo con una Beretta en la liga para usarla como método infalible de persuasión del jurado de que, efectivamente, Marías iba a ser el premiado de aquel año, y ella en el asiento de atrás, con dos copas de champaña, media docena de cajetillas de cigarrillos y varias latas de Coca-Cola (que era la bebida favorita del escritor), haciéndole por fin esa entrevista deseada que ya nunca le podrá hacer. Me hubiera gustado contarle el plan a Javier Marías. Se habría reído, estoy segura. Tal vez un día se lo cuente por escrito.

María José Solano



Javier Marías | 25-4-2017

Afán de transgresión

Cuando leí *Cinco moscas azules*, primera novela de Carmen Posadas, supe enseguida que su literatura estaría siempre imbuida por un estricto afán de trasgresión. Sus textos habían venido para abrir un nuevo estilo sin dejar de refrendar los valiosos cimientos que escritoras como Carmen Martín Gaité, Ana María Matute o Carmen Laforet habían dejado anclados en la vida literaria de un país que necesitaba huir de la gris neblina de las palabras coaccionadas. Su extranjería, pese a pasar su juventud presa de la latente oscuridad de una dictadura, y el cosmopolitismo familiar germinaron en Carmen hasta convertirla en una discípula aventajada de Thomas Mann, Oscar Wilde y en casi un espejo de la perversa idiosincrasia de Truman Capote. Y aunque ahora ha dejado de escribir ficción *stricto sensu*, y de meter la mano dentro de la sociedad española de esa manera irrevocable en que siempre lo ha hecho, para decantarse por la Historia y sus personajes, sigue anidando en su brillante erudición el eco de esa avidez rupturista que me llevó a esperar todos y cada uno de sus libros. No fue fácil su consolidación como autora, demasiadas sombras y demasiada prensa rosa, pero, por fortuna, Carmen ha conseguido sobrevivir a las modas, al oneroso fulgor de los paparazzi y, sobre todo y por encima de todo, al atroz ruido de las mesas de novedades.

Sonia Fides



Los brazos de Mario

Hubo un día de 1990, cuando Mario Vargas Llosa volvió de una derrota en Perú, en que tuve la impresión de que este hombre venía de una batalla atroz, de una hecatombe. Estuve esperándole en una callejuela de París, ante su editorial francesa, Gallimard, porque sabía que por allí aparecería esos días, en algún momento, a recoger libros, a platicar con sus editores, a recuperar la fuerza que le daría, otra vez, la literatura.

En el episodio anterior de su vida, de donde venía en ese momento, fue Luis de Góngora el que, con sus versos, lo salvó cada día del abismo al que lo había sometido la campaña electoral (para presidente de Perú) que finalmente se desvaneció como lágrima en la lluvia.

Momentos antes de que finalmente apareciera el autor de *El pez en el agua* en aquella calle sin salida que parecía una metáfora de los males del mundo yo había entrado a mirar libros de arte en la Galería Maeght, que estaba al lado. Allí el azar de la vida me encontró ante un volumen enorme dedicado a los gordos de Botero, el gran pintor, al que Mario le había dedicado, en esa publicación, un prólogo bellissimo a aquella antología *impor*.

Ahí decía el futuro autor de *Los cuadernos de don Rigoberto* que suele suceder cuando, al encuentro con alguien que de pronto ha enflaquecido, uno en seguida se pregunta por lo que sucedió para que se haya producido ese cambio de aspecto. Y que son quizá los brazos los que primero evidencian esa nueva naturaleza.

A los minutos de haber ojeado aquel libro regresé a mi sitio de vigía, a ver si aparecía al fin Vargas Llosa. Apareció tan cargado de libros que no me quedó más remedio que saludarlo acariciándole el antebrazo. Y ahí estaba la evidencia de lo que decía Mario: tanto trabajo lo había enflaquecido, parecía un muchacho regresando de un campamento feroz.

Ahora he visto este retrato de Jacom en el que el maestro de nuevo muestra una delgadez que corresponde, sin duda, a un esfuerzo mayor (una dieta de las que hace cada año en Marbella, la escritura de su nueva novela, que tiene como ritmo la música peruana que él ama) que el que entonces le debió producir su contienda electoral.

Ahí está, recién escrita la novela, los ojos fijos en la cámara, la camisa de cuadros que lo muestra regresando, quizá, de una ducha, el pelo montado sobre una cabeza tan trabajada, la boca preguntando cuándo se acabará este posado. Luego, seguramente, pedirá un vaso de vino y se fijará, como un muchacho, en la vitola que dice que esa botella en concreto se hizo en homenaje al autor de *La ciudad y los perros*. Y lanzará una carcajada, como las que ya había regalado poco antes de posar, fiado y feliz, quizá, por cierto, luego de haber enviado a *El País* un artículo que tituló *Regreso al paraíso*.

Juan Cruz Ruiz

Mario Vargas Llosa | 1-4-2022



Una bandada de pájaros en su brazo izquierdo

Rosa Montero tiene la carne más suave que he tocado nunca. Esto lo descubrí la misma noche en que nos conocimos, hace dieciocho años de nada. Entonces ella no tenía tatuajes, la piel aún intacta. Digo que lo descubrí al verla y no al tocarla porque el primer contacto con la piel son siempre los ojos. Luego llegaría el momento de comprobarlo con la yema de los dedos. Bien, todo ese tiempo después me habló un día de *La carne*, la novela que acaba de publicar Alfaguara. Estábamos cenando en una azotea del centro de Madrid, bajo el cielo rojo eléctrico de septiembre.

—La vas a liar parda— digo. Y ya no logro concentrarme en la idea de la novela ni en lo que pretende narrar con ella—. ¿En serio piensas escribir una novela protagonizada por una mujer sexagenaria que paga por tener sexo? ¿Te imaginas la promo? Está bien que la escribas justo ahora, a los sesenta y pocos, pero ¿no crees que sería mejor que la protagonista tuviera cincuenta y cinco?

—Otra botella de vino blanco, por favor— dice Rosa, que no presta atención a la pregunta.

Ha dejado de prestármela de forma descarada. Ha echado a volar. Eso le pasa a veces. Tiene tatuada una bandada de pájaros en su brazo izquierdo, le suben hasta el cuello y de vez en cuando se llevan su cabeza. Su cabeza viaja más deprisa que la conversación. Pero yo he aprendido a revolotear a su lado sin molestar. Sé que está organizando las fechas en que se irá a Cascais a escribir, al mismo tiempo que pone nombre a Soledad, la que será protagonista de *La carne*. Está construyendo una escena de cama en la que se escucha *Liebestod* (el aria final de *Tristán e Isolda*, de Wagner) y que Soledad incluirá en la exposición *Escritores Malditos* de la que será comisaria en la novela. Mientras, Rosa va dando sorbitos a una copa de Guitián Godello.

Ella vuela y yo temo las repercusiones de semejante bombazo y las más que nunca predecibles preguntas: ¿Cuánto hay de autobiográfico en esta novela? ¿Con cuántos hombres se ha acostado usted, señora Montero, para inspirarse? O quién sabe, a lo mejor las cosas no son tan predecibles en esta vida. ¿Cómo iba una dama a hacer algo así? El sexo pagado es cosa de hombres. De eso no habrá duda ni siquiera después de *La carne*. ¿O sí?

—Voy a reirme mucho leyendo tus entrevistas— digo.

—Será una novela existencialista, como todas las mías y me preguntarán por eso. No te pongas televisiva, querida.

Nuria Labari

*Extracto de su entrevista a Rosa Montero
publicada en Zenda Libros el 4 de noviembre de 2016.*



¿Inflamable significa flamable?

El primer episodio de *Los Simpson*, titulado en España *Sin blanca Navidad* (S01E01), se estrenó el 17 de diciembre de 1989, un día después del decimotercer cumpleaños de Juan.

Yo había desarrollado una teoría que resolvía un misterio que atañía a *El paciente*, *Cicatriz*, *Reina roja*, *Loba negra* y *Rey blanco*. Mientras trazaba líneas entre los cuatro puntos cardinales, recordé cómo Lisa Simpson descubrió quién disparó al Señor Burns, cuyo cuerpo apareció sobre un reloj solar, con los brazos señalando la W (west) y la S (south). Juan a esta historia la llama «los cinco puntos de la W».

Habíamos quedado en las oficinas de Penguin para hablar sobre *Todo arde*, su último libro hasta entonces (acaba de anunciar *Todo vuelve*). Jeosm se encargaba también de hacer la foto de solapa y a Juan se le ocurrió preparar la sesión de fotos a oscuras, solo iluminados por una cerilla, en el almacén atestado de cajas de cartón. El olor a fósforo chamuscado nos mantenía en alerta y servidor se repetía interiormente la frase del doctor Nick Riviera en *Los Simpson*: «¿Inflamable significa flamable?». Por eso todo arde.

Para entender a Juan Gómez-Jurado no sólo hay que leer sus libros, sino que también es necesario escuchar *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*, pero sobre todo es imprescindible ver *Los Simpson*. ¿Que no has visto *Los Simpson*? Pues que no se entere Jon Gutiérrez, porque levantará el pie del acelerador de pura incredulidad: «No me puedo creer que no hayas puesto Antena 3 a mediodía en lo que va de siglo».

Carlos H. Vázquez





Marta Sanz | 9-11-2017

Contra las mitomanías del oficio

Preguntas a Marta Sanz por sus hábitos de trabajo y te responde que lo único importante en la vida de un escritor es el estilo que aplica a sus obras. Y le dices que sí, que vale, que eso es fundamental, pero que lo que a ti te interesa son sus horarios, sus manías y sus fetiches, y ella te mira a los ojos fijamente antes de añadir, erre que erre, dale que dale y terne que terne, que está de acuerdo con esa idea de Francis Bacon según la cual el estilo es el "sistema nervioso personal" del artista. Y entonces vas y le repites por tercera vez que el objeto de la entrevista son las costumbres laborales, y ella va y también te repite que el setenta y cinco por ciento de una novela es el estilo y que lo otro es esa cosa menor que algunos llaman argumento.

Y se muestra tan firme en su negativa a hablar de lo que considera las mitomanías del oficio, a perpetuar esa imagen del escritor como ser cargado de extravagancias, a

persistir en ese lugar común según el cual el trabajo de los literatos no es como el de los operarios de una fábrica, los dependientes de una tienda o los reponedores de un supermercado, tan rotunda se muestra en su deseo de esquivar esos tópicos que acaba haciéndose evidente que esta mujer considera que su día a día es tan vulgar como el de cualquier otro trabajador. No quiere que los jóvenes se hagan una idea equivocada del oficio, ni que acaben convencidos de que esto de ser escritor consiste en vestir siempre de negro, ensayar una cara depresiva ante el espejo y recorrer todos los bares con mesas de mármol de la ciudad. Porque, en su opinión, si continuamos insistiendo en ese retrato del intelectual bohemio y soñador, los aspirantes alcanzarán los cincuenta años y no habrán escrito ni una sola página digna de encuadernar.

Álvaro Colomer

"Aprende a escribir con... Marta Sanz".

Publicado en Zenda Libros, 7 de abril de 2021.

El don de ver una historia

De Ray podría decir que fue el padrino que elegí al meterme en lo suyo. Me impresionaba su forma de describir lo que llevaba dentro, esa manera de mirarse como objeto de la prosa y, sobre todo, de decir con cinco palabras lo que antes llevaba diez. Enemigo de los adjetivos, como Flaubert o Virginia Woolf, Ray escribe una literatura que se consume en papel de plata, ausente de halagos que enturbian el mensaje y que deja un poso que no te abandona al cerrar el libro. Tiene la mirada hambrienta y el paso cansado, quizá por eso la vida le ha quitado un ojo para darnos ventaja al resto. Pero ni con esas podemos mirarle de frente porque siempre vuela un poco más alto. La ternura es su forma de relacionarse, forofo de la vida y del Real Madrid, acuñó que el mundo es plano más allá del Bernabéu; ver a su club es el único lujo que se permite dentro de la normalidad austera que rige sus días. Tiene como máxima el sentido común, su mínima, un bar abierto en el que ver pasar la vida de los otros para contarnos de qué va esto de sufrir, pues "la tristeza no tiene fin. La felicidad sí". A Bowie le robó *Héroes* para tocar esa cima tan joven de la que luego no quiso bajarse, sin pretenderlo, como el sherpa que dirige a martillazos la escalada de una generación de escritores que quisieron ser Ray Loriga.

Si no fuera escritor habría sido estrella del *rock* sin necesidad de componer, ni de cantar, ni de tocar instrumento alguno, porque él mismo es una canción o la última película que has visto. Tiene, el cabrón, ese don de ver una historia donde el resto mira cualquier cosa, de saber lo que te duele sin preguntar, de regalarte por costumbre una lección de humildad, o de llamarte compañero sabiendo el abismo que nos separa. Y conoce el "miedo, que es como el frío. Una vez que se ha sentido nunca se va del todo".

Hay escritores que se acuñan en grupos, etiquetas que obsesionan a los observadores y críticos de este lagar, manías persecutorias por decir que uno es de los dé o de los cé. Pero resulta que, otros, los menos, tienen la maldición y la pureza de pertenecerse a ellos mismos, de marcar tendencia desbrozando el camino que, otros, los muchos, tratarán de perseguir sin entender que a Ray no se hace, se nace.

A. J. Ussía



No soy uno de los vuestros recoge una parte de la obra del fotógrafo conocido como JEOSM. Detrás de él y de su cámara, hay años captando un instante de muchos de los nombres más importantes de las letras hispanas. Una mirada que guarda la distancia suficiente, que deja a sus personajes expuestos, sin velos, sin protección, con toda su humanidad al descubierto. Imágenes con vida propia, retratadas por unos ojos que hablan.

Cada uno de estos retratos encierran en sí mismos una historia que se completa con textos literarios, en los que descubrimos a esos OTROS que no son él: los que describen con palabras lo que calla el blanco y negro de la cámara.



Si JEOSM te dispara, déjate atravesar



CÍRCULO DE TIZA

